



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

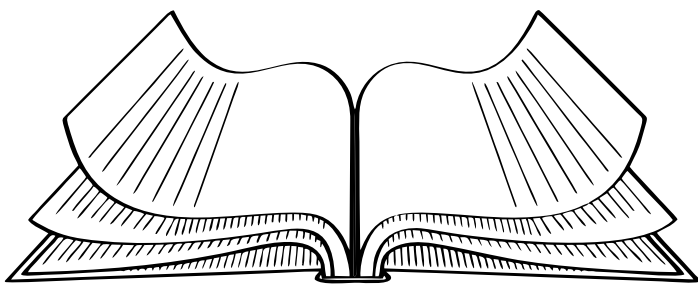
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
OCTUBRE-NOVIEMBRE
2019





Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 22

www.porescrito.org

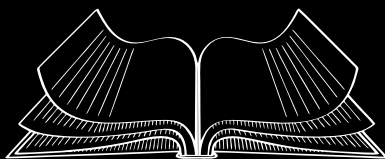




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Fragmento del libro de haikús <i>Migajas de lo que cae</i> Rodrigo Trujillo Lara	8
Del libro <i>Aviso oportuno</i> Juan Carlos Salvia	9
Para siempre Krizia Fabiola Tovar Hernández	12
Del libro inédito <i>Urbanismos, en "Sexo y hastío"</i> Etienne Fajardo	15
Del libro <i>Vendrá el olvido</i> Fernando Corona	17

FIRMAS

periférica Andrea Fischer	19
Coleccionista María Elena Sarmiento	21
Caen Yamil Narchi Sadek	23
Silencio Yamil Narchi Sadek	24
¿Rota? Virginia Meade	25
Desintegración Cecilia Durán Mena	30

IMAGINARIO

.....35

VOCES

El sitio web	
Francisco Duarte Cué	41
El hilo	
Martha Patricia Olmos	44
El hombre que se apropiaba de los recuerdos	
Susana Corcuera	45
Escribir una ofrenda	
Paulina Morales	47
En la hora más oscura	
Juan Carlos Padilla Monroy	49
Noviembre	
Santiago Nogueira	53
Por el ojo de un ducto	
Carlos Azar	56

PERSPECTIVAS

Literatura y Psicología	
María Elena Sarmiento	60

CONVERSACIONES

Puerto es naufragio: el mar, su peligroso filo	
Ana Franco	62

Hablando por escrito

Empezar con una buena noticia es empezar con el pie derecho. En este número 22 me complace participarles con enorme gusto que formamos parte del catálogo de revistas de las siguientes universidades y bibliotecas fuera del país: University of California Berkeley, University of California Riverside, University of California San Diego, University of California Santa Barbara Library, University of Chicago Library, University of Texas at Austin, University of Southern California, Library of Congress (U.S.A.), Harvard Library, New York Public Library, Princeton University, Galda Leuchter (Alemania), German Archaeological Institute, Getty Research Institute.

Me llena de gusto dar esta noticia porque quiere decir que el entusiasmo, la pasión y la intención autoral de todos los que participamos en **Pretextos literarios por escrito** ha trascendido y ha llegado lejos. Escribir y editar esta revista son actividades que encarnan una apuesta por el pensamiento y la belleza en un mundo que parece cada vez más virtual, efímero, distraído y cansado. No quiero caer en la terrible manía crítica que mira al pasado diciendo que aquellos tiempos eran mejores. No soy una escritora desesperanzada ni quiero serlo. Por el contrario, tengo la suerte de haber encontrado la llave del cajón donde se encuentra el antídoto: me parece que la Literatura en particular y el Arte en general son la vacuna contra el desaliento.

Me identifico con lo que dice Blub, un artista gráfico florentino que ha publicado con nosotros, y quien sostiene que el Arte tiene vejigas. Entonces, en tiempos difíciles, el arte sale a flote y en tiempos de crisis, nos rescata. En estos tiempos en los que se niega el cambio climático, las democracias se desdibujan, las posiciones políticas se ensucian, los sustentos económicos desilusionan y las promesas de los poderosos aburren: las palabras bellas causan ilusión.

Esta revista es como una ventana y me da la sensación de que al abrir una ventana, al dejarla abierta, permites que el aire circule, que las ideas se refresquen y que las palabras florezcan. Publicar es dar oportunidad a que otros se asomen a ver lo que estás pensando y quien mira corre el riesgo de que le gusten las palabras, de que se sorprenda,

de que juzgue el nivel de desorden y armonía que habitan en el espacio que ocupan las cuartillas y por todo ello decida quedarse.

“Siempre es útil dejar la puerta abierta para que el viento entre y salga de la habitación de mis pensamientos y mis obsesiones”, dice Luis García Moreno en *Palabras rotas* (p.32). Y, aunque siempre he sostenido que es muy aburrido que el autor escriba sobre sí mismo y trato de guardar una distancia higiénica entre lo que soy y lo que sale de la pluma, es innegable que el autor vierte —a querer o no—, experiencia, vida e ilusión. Este optimismo me hace creer que hay alguien en la inmensidad del universo, a quien le podrá interesar lo que escribo.

Cualquier reflexión que ronde entre los límites de la Literatura nos devuelve al famoso aforismo que estaba escrito en el Templo de Delfos consagrado a mi dios griego favorito, Apolo, que dice: “Conócete a ti mismo”. El ejercicio de escribir nos lleva eventualmente, al mismo destino. Sea que uno escriba desconociendo al autor, es decir a uno mismo y termine conociéndolo, o que a partir de saber quién soy — como Don Quijote— se lance a la aventura, llegaremos al mismo lugar.

Por lo tanto, desde ese lugar misterioso que es cada escritor, se inicia un proceso de comunicación particular. Escribir es forjar el mensaje y hay quienes sostienen que lo importante es escribir, aunque sea para uno mismo. No estoy de acuerdo. Los textos que se guardan en un cajón son como globos de helio que no tienen un hilo y se sueltan al aire a su suerte, hasta que se pierden en el horizonte y estallan en mil pedazos por el efecto del calor del sol. Un texto en el cajón es un papel que se llena de polvo y se convierte en basura. Es un mensaje sin receptor. Es el drama de una idea a la que se le cortaron los pies y se le imposibilitó el andar. Por eso y para ello está esta revista: para que el escrito encuentre a su lector y se fundan en un abrazo que es la comunión de ideas.

Escribir es aspirar a entrar en otra mente y abarcarla en su totalidad. Es demandar su total atención y apoderarse de ella. Es un deseo enorme, si se toman en cuenta las implicaciones. Escribir, entonces es escarbar en la conciencia, convocar a la imaginación, jugar con el tiempo, buscar sensibilidad. Las palabras acaban siendo reflejo y declaración de principios. Ahí caben las preocupaciones y las meditaciones en torno a lo que nos parece relevante. Ahí, nos revelamos. Lo que escribimos, las palabras que se comparten son identidad.

Escribir y publicar son actividades que comparten un mismo anhelo: comunicar. Comunicar y compartir. Es un esfuerzo por forjar comunidad, por mantener sueños, por fraguar memoria, por buscar que el diálogo humano continúe más allá del espacio efímero de una pantalla, de un mensaje de texto, del consumo inmediato, del largo plazo que se convirtió en tres días. Escribir y publicar es luchar contra el monólogo egoísta, el aislamiento y la condena a la soledad, que es uno de los látigos que nos lastiman en estos días.

Por eso, para inaugurar la edición de este número 22 de Pretextos literarios por escrito los convoco a imaginar que así como tú, lector querido, estás leyendo este ejemplar, también hay alguien que lo está consultando en alguna universidad o lo está viendo en línea o lo está escuchando por la radio y se logró concretar esa conexión gloriosa entre el que escribe y el que lee, porque ahora hay más motivos y accesibilidad para hacerlo.



Paúl Núñez

Fragmento del libro de haikús

Migajas de lo que cae

Rodrigo Trujillo Lara

XVII

Las risas de hoy
yacen enmudecidas
bajo la noche.

XIX

Espesa niebla
dos muchachos se miran
destello de sol.

XXII

Húmeda noche
con tu barba en mi espalda
sueño arrecifes.

XXIII

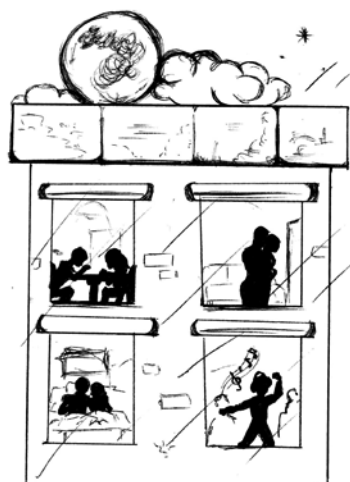
Todas las albas.
Un hombre hermoso duerme
justo a mi lado.

XXXV

Lluvia en el patio
Cuatro brazos bien llenos
Dos hombres sueñan

XLVI

Luna en el pelo
nieve sobre la cara
el joven ríe.



Paúl Núñez

Del libro *Aviso oportuno*

Juan Carlos Salvia

*El arpa y su dulzura se quemaron
con el incendio del mundo
y a contar y cantar resurrecciones
he venido.
Pablo Neruda*

Yo sé que hay que cantar.
En esta plaza hostil de los oídos sordos,
con un matón silbándote por detrás de la nuca,
pese a la indiferencia de los que aquí han venido
para desentenderse.

Yo sé que hay que cantar justo por eso.

Como la contracara de la desolación,
de la agonía del otro,
de cada hombre alienado en una víctima,
repartir el poema,
como si de hornear pan
para el hambriento se tratara.
En esta buena hora de la vida

que es la nuestra,
yo sé que hay que cantar como rescate,
cantar como hermandad,
como el restaurador de puentes inservibles
que a solas reedifica.
Si un día por algún puente con amor restaurado,
consigue el malherido seguir camino a casa,
verá por fin el canto retribuida su obra.

II

Todavía no me curo esta nostalgia
de que todo me suceda.

Mi vida y sus confines
alcanzan normalmente
para seguir jugando
a reinventarme.

Me lavo de la cara los bostezos
para no andar con mueca de custodio
que vela su cadáver.

Y sin embargo pasa
que me aprieta la horma
de mis propios zapatos.
No quepo ciertos días
en las manufacturas de mi traje
hecho a las circunstancias.

Es que quisiera entonces
mudarme de apellido:
hablar chino entre chinos
que cultivan arroz o ensamblan calcetines,
probar las inclemencias de altamar
en algún ballenero
o ir a pescar coquillas
en los mares de Francia,
recolectar café con los etíopes,
con ayuda del vodka,
al menos una vez,
irme de cacería en el frío de Siberia
o pastorear ganado
bajo los aguaceros de las tierras monzónicas,
cuando me sepa puro dirigirme a la Meca
para poder rezarle a mi santísimo,

saber lo que se siente, a punta de terror,
masticando la cólera, haber crecido en Gaza,
sacarle a mis andrajos las manchas de abandono
sobre una buena piedra en el Usumacinta,
vivir en carne propia cómo se mira el mundo
desde las contingencias y las contrariedades
que sufren otros hombres.

Pero me soy mi cárcel
y aquí habré de librar el resto de mis horas.
La única salida es cavar en mí el túnel
que me lleve a los otros.

Tal vez en las raíces de mi propia orfandad
pueda dar con ustedes.

Tal vez por eso,
desviscerándome,
escribo.



Eduardo Caballero

Para siempre

Krizia Fabiola Tovar Hernández

Sólo pido un intento más
a la vida,
al corazón,
a nuestra historia,
mas siempre termino por perder,
muriendo en el segundo círculo
del infierno.

Este amor de hojas marchitas,
la condena de un pasado.

¿Por qué no te das cuenta?
Aferrada al calor de tu mano estoy,
para escapar de nuestro destino,
para burlarme de él y contarle que
por fin logré envejecer a tu lado.

Aguardo por ti en el viejo lugar
al anochecer.

La oscuridad de tu habitación
es un crimen perfecto.

El magno conquistador y su imperio,
amantes rotos que un torbellino de
reloj no los quiere una misma pieza.

Quema el hielo de mi piel otra vez,
me vuelves ave fénix a mitad de
mis catástrofes, de azul paso a rojo.

Necesito tu infierno, sellar mi beso
sobre el poema tatuado en tu pecho,
tus luciérnagas en esta árida tierra,
nuestras sonrisas de niños traviosos
por las mañanas porque no hemos
sido sorprendidos, y descubrir
dentro de esas sábanas mi hogar.

Mas tú te marchas sin decir adiós siempre,
nuestra tragedia, el círculo recorrido
dos veces.

¡Cada noche regreso a la tormenta
mas el torbellino obtiene otra victoria!
¿Me darías el beso maldito?
Aquel por el que somos tan cobardes.
No mires atrás la promesa de nuestras
almas,
traicionándonos al susurrar, para siempre.
Y con ácidas lagrimas
a nuestra historia,
al corazón,
a la vida,
sólo pido un intento más.



Paúl Núñez

Del libro inédito *Urbanismos,* "Sexo y hastío"

Etienne Fajardo

IX

Al principio
ellas ya
eran mares de misterio
En aquellos días
yo
infeliz
no
había descubierto
que no sé nadar

X

No es una mujer
es un espejo opaco
que extendido
guarda y no refleja
en azogue movedizo
a todas las mujeres

Cierra las piernas relicario
entonces
santuario
aprehende
la prenda
alquimia de la poligamia

Por eso paso
un frío acurrucado
todas las noches



Paúl Núñez

a su puerta de templo antiguo
dormido con el rostro húmedo
en los ladrillos blandos
de su piel como mes de calendario

La vida diaria
matrimonio
es un apostolado
gris
que vive de vivir
en otra vida

No es mujer
en cambio
es una esquina

la intersección

acuosa matemática
de todas las mujeres
que
vendrán después de ella

La vida matrimonio gris
tiene sentido
si en cada
vuelo de sus piernas relicario
me envuelve
el ritual anciano
de una historia con todas las mujeres
que vendrán en el pasado

Del libro *Vendrá el olvido*

Fernando Corona

XXII

Encima de la mesa vive aún nuestro beso
pequeño e inmaduro, como de verdad nuestro.
El soplo de las cosas que pensamos y hacemos
se queda en la baranda donde estuvo su incendio.

La mesa es sólo mesa porque la hicimos lápida.
De pronto fue un tablero; por momentos, tarima.
No importa cuánta escena la inflamó si algún día
irá como nosotros al reguero del tiempo.

Yo digo, sin embargo, “la mesa de ese beso”
no para perdurarlo, ni siquiera esconderlo,
sino por esa repentina y enfadosa costumbre
de citar los recuerdos como simples lloviznas.

Encima de la mesa, de tu espalda, del suelo,
encima del papel más curioso y pisado
subsisten otros besos, testimonios de meses,
varias horas vencidas y no hay quien los cante.

Reciclo tus momentos ensuciados de tiempo,
las manos de otros días reciclarán la mesa
y entonces ese beso resumido y citado
volverá a lo que fuimos: dos caminos sin nombre.

XLVIII

¿Por qué tanto misterio detrás de tus minutos?
Te escondes convencida de que el polvo sí puede
sepultar la hojarasca de un temor contenido.
¿No sabes que los días también son ventarrones?

En todos tus silencios hay un llanto apagado
capaz de hablar con fuerza, pero es más tu presidio.
¿No te sientes cansada de esa injusta carrera
de esconder lo que tienes y tener lo que ocultas?

No puedes separarte de tus pasos ya dados;
ya temprano, ya tarde, llegarán los minutos
a decir que es el día, que es la hora anunciada
para irrumpir con dudas en tus ojos ingenuos.

Pareces un momento de quietud en el parque,
confiado en sus silencios, en sus verdes rincones,
que, sin embargo, sabe por sus frágiles ramas
que una chispa en el aire puede hacerlo cenizas.

Te seguí por cuestiones que están siempre adheridas
al gesto y al silencio de una amada en reposo.
Hoy sigo descubriendo parecidas preguntas,
pero ya sin palabras, simplemente con besos.



Eduardo Caballero

periférica

Andrea Fischer

nota preliminar: nótese cómo cada párrafo tiene exactamente 82 palabras

6:02

Me gusta ver cómo los foquitos de los coches cambian de color. Todo depende de la dirección que tomen. Si van para el sur, todos son rojos —quién sabe designio de quién fuera, quién sabe quién decidió que fuera así—; si van al norte, todas son blancas. Un río rojo, uno blanquecino. Ambos sumidos en la profundidad oscura de las primeras horas del día, en contraste. Luego está el susurro pedregoso del motor, que se acelera lentamente, sin molestar a nadie.

6:04

De madrugada, el segundo piso del Periférico tiene un tono distinto. Sólo entonces, no hay mentadas de madre, no hay gritos, ni desplantes de capitalinos brutos. Nadie pita. A esas horas, sólo arrancan esos a quienes no les importa subir la velocidad un poquito arriba del límite: 82 km/h nadie los nota. Derrapan lento. Se sienten seguros de sí mismos. Siempre fugitivos de las cámaras y los velocímetros, siempre sensibles al pedal derecho: la ciudad los consume en su despertar sucio, roñoso.

No tengo ganas de respetar el límite. 80, 81, 79, 85, 83. Qué fácil es. Nadie se da cuenta. Me miran pasar como uno más de los foquitos, blancos o rojos, y yo los miro también con la misma indiferencia. 78, 83, 77. El talento para disimular no lo tienen muchos. 81, 81, 81. Girar poquito el volante. Pasar al de junto en silencio. Dejarlo atrás. Ya no me importa la multa (creo que nunca me ha importado): soy *periférica*, en 82.



Paúl Núñez

Coleccionista

María Elena Sarmiento

¡Endodoncia! ¡Qué miedo! Después de dos noches de dormir mal y de comer poco, me presento en el consultorio del dentista. He tenido muchas caries antes, pero jamás alguna que requiera endodoncia. Sé que esto va a ser largo y doloroso y llego con los nervios hechos pedazos. Mi esposa se ríe de mí. Dice que los hombres somos unos cobardes, que si tuviéramos que cazar lo que comemos, ella sería la que hiciera el trabajo y yo el rey que no sé mover un dedo, que sólo ordeno y que casi nunca tengo que enfrentarme a los peligros reales. Así son las mujeres, siempre con su imaginación desbordante.

Me sientan en el sillón de las torturas, me anudan el delantal de plástico al cuello y me recuestan boca arriba.

-Abre -me ordena el doctor Héctor Hernández.

Su voz me debería de reconfortar porque hemos sido amigos desde hace unos 5 o 6 meses, pero su tono impositivo me hace revivir mi parte rebelde. Tengo ganas de apretar los dientes y largarme de su consultorio. El dolor de muelas que me hizo buscarlo me recuerda que hoy tengo que ser dócil. Abro lo más grande que puedo.

Sé que Héctor ha atendido al menos a dos de mis amigos, aunque eso sucedió cuando ya se había deshecho el grupo y no supe si ellos quedaron bien o no. Ya es tarde para cuestionarme. Espero que sea un buen dentista.

No entiendo por qué me tiene que tapar la cara con esa tela que sólo deja la boca al descubierto. Mi barba y bigote no se meten jamás entre los dientes. Quisiera preguntarle; no consigo cerrar, me puso algún aparato que me lo impide.

-¡Arrggg! -grito.

Bueno, en realidad no estoy seguro de haber emitido sonido, pero esa inyección me dolió muchísimo. La música de tambores africanos del consultorio tampoco ayuda. Deberían de poner algo más tranquilizante. Siento hasta el sol abrasador. Ah. Debe ser por la lámpara que está dirigida justo a mi cara. De verdad que esto es una tortura. Sudo copiosamente. Qué sensación más extraña me está dando la anestesia. Siento que mi cuerpo se llena de pelo, como si el sudor, al salir por cada poro de mi piel se endureciera en pelos. ¿Será?

No consigo ver nada por debajo de esta tela, aunque sí siento la piel más curtida. Necesito tocarme la cara para ver si de verdad me creció una melena como la que me parece estar sintiendo. Subo un brazo, pero no puedo doblar

el codo como siempre. Es más: mis dedos se han convertido en pezuñas. No puedo separarlos.

Las piernas se me doblan. Necesito levantarme de esta silla. De pronto me ha entrado un hambre felina que me obliga a seguir los olores de cualquier animal que se mueva. ¿Qué me pasa? Quiero morder. Ya no veo al dentista. Abro más la boca y lo que fuera que me la estaba sosteniendo, se rompe.

Ya en libertad, intento ponerme de pie; no lo consigo, la anestesia me tiene mareado. Me bajo de la silla y quedo en cuatro patas. Muevo la cabeza y se cae el pedazo de tela que me habían puesto. Siento la melena. Por instinto, me lamo una pata. Me he convertido en un león.

¿Cómo puede eso ser posible? Me sigo hasta el final del pasillo. Me rodean varias jaulas de animales. Adentro de una, reconozco a Rubén. ¿Es un chimpancé? Me mira y parece reírse conmigo. Sigo mi camino. Cuando me doy cuenta, cae la puerta de mi jaula.



Paúl Núñez

Caen

Yamil Narchi Sadek

caerán nuestros músculos
esferas maduras
decorando el árbol
del tiempo

nuestras luces
en series apagadas
en cajas
que no se volverán a abrir

caerán nuestros ojos
sobre el musgo
guardando lo meliflúo
en la alacena

abandonaremos el espejo
el presagio
la casa

habitaremos otro mundo
un departamento viejo
con cancelería nueva en el baño



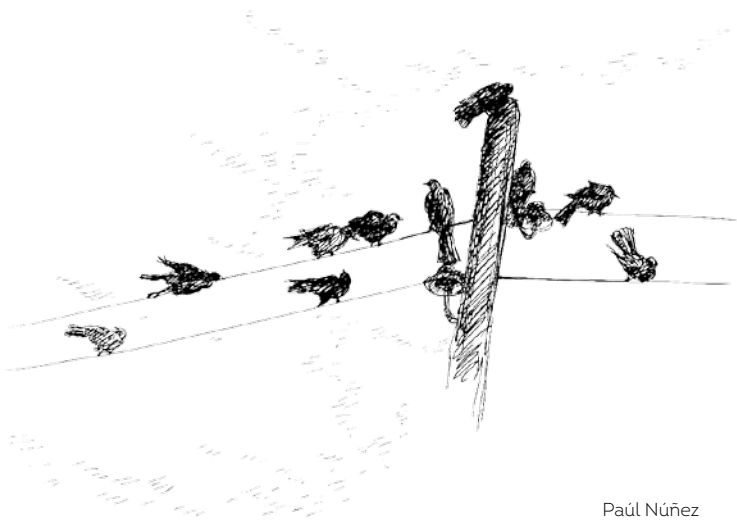
Paúl Núñez

Silencio

Yamil Narchi Sadek

Estiramos el hilo de tiempo
entre la amarra de mis ojos
y tu mirada

Los tordos se sentaron
sobre el extraño cable
a esperar un milagro
del silencio



Paúl Núñez

¿Rota?

Virginia Meade

Tení pocos meses de que mi hija nació. Desarrollé una enorme oreja, cualquier sonido o movimiento que proviniera de ella, por más silencioso que fuera, lo detectaba. Sí, el vínculo entre madre e hija era fuerte. Dormía poco, estaba en el limbo entre el cansancio y la vigilia. Una de mis vecinas me dijo que me sentiría mejor si hacía algo para mí, así que envié a la persona que desde hacía diez años la visitaba un par de veces al mes para cortarle el cabello y hacerle manicure. Además, vendía los productos de *Avon*. Más por agradecimiento a su cortesía que por otra cosa, acepté.

Llegó puntual a la cita, era a una mujer joven, quizá diez años menor que yo, de gran sonrisa y voz rasposa; lo que más llamó mi atención fueron sus pantalones amarillo canario. Cargaba un sinfín de bolsas. La mayoría las dejó a la entrada. Mientras me explicaba cuál era el contenido de cada una, preguntó qué quería que me hiciera. Antes de que pudiera contestar, retiró la liga que sujetaba mi pelo, pasó sus dedos entre los cabellos y dijo que me urgía una corte; después observó mis uñas y confirmó que debía arreglarlas. Adriana había entrado a mi vida porque era importante que me sintiera bien.

Mas o menos un año después, llegó a mi casa con el ánimo apesadumbrado, era evidente que necesitaba un apapacho emocional. Le pregunté qué le ocurría:

—Hace unos cinco años que vivo con mi esposo, aunque no nos hemos casado, tenemos una hija. Yo no estudié más que belleza. Empecé a trabajar en una estética, pero ganaba poco así que me independicé. Voy a las casas de las clientas y les ofrezco la mayoría de los servicios de una estética, hasta venderles productos de *Avon*. También desde que pude

pagarlo, tomo cada año un curso de actualización. Me levanto a las 4 de la mañana porque tengo clientas que me citan a las 5 o a las 6, antes de irse a trabajar y termino como a las 9 de la noche, a veces más tarde. Cada vez vendo más, así que le dije a él que necesitaba un coche para poder transportarme. Se burló de mí, dijo que ni se me ocurriera porque nunca sería capaz de manejar un automóvil.

A medida que me contaba noté cómo la expresión de su cara cambió al poder desahogarse. Cuando finalizó de secar mi cabello, dijo:

—Le voy a demostrar que sí puedo, no soy una inútil, no me rompo a la primera.

Adriana consiguió a través de una de sus clientas un crédito para comprar un auto nuevo, cuando me lo presumió, el pequeño coche azul tenía varios rayones y golpes. Con orgullo me dijo que estaba segura de que serían los únicos. Cada una de sus visitas me animaba con su buen humor, comentaba las noticias del día o alguna de sus aventuras en el tránsito. Muchas veces me dijo que al ir a las casas de las clientas aprendía a mejorar su vida y a tomar decisiones diferentes.

—En mi ambiente nadie te permite progresar, como si fuera un delito. Cuando estoy con mis clientas me doy cuenta de que sí se puede.

Le gustaba ponerse metas para cada año: regalarles a sus hijos una consola de videojuegos y una televisión nueva a su mamá. Su siguiente proyecto importante era fincar su casa, aunque su esposo le dijo que él no pondría un peso.

—Sabe qué, me llena de desilusión y me hunde. Me hundo en el lodo cuando me responde de esa manera. Como si lo que yo pensara fuera basura. Ya no va a jugar fútbol ahora

se va a beber con sus amigos. Es muy difícil, pero no me voy a desmoronar.

Cada vez que nos veíamos me mostraba las fotografías de los avances de la construcción. Cuando terminó de construir su casa me invitó a conocerla. Estaba muy orgullosa. Su esposo no le reconoció el logro. Dejó de pasarle dinero.

Siempre admiré lo comprometida que estaba por el bienestar de sus hijos. Hacía malabares para ir a las citas con los maestros o a los festivales. Más o menos por octubre me dijo que había decidido tomar dos semanas de vacaciones la última y la primera del año, para ese entonces nuestra amistad ya había cumplido una década.

Cuando Adriana regresó de sus vacaciones me contó que el último día que trabajó no usó su coche, así que en cuanto terminó de trabajar se subió al camión que la dejaba como a 10 calles de su casa. La mayoría de las personas se bajaron en la penúltima parada, sólo quedaron ella y una muchachita quizá de 17 años.

—Señora, eran como las 11 de la noche, yo me estaba imaginando qué iba a merendar porque no había comido más que una bolsa de papitas; de repente, el chofer detuvo el camión y se abalanzó contra mí; su ayudante fue por la otra pasajera, la tiró al pasillo y empezó a manosearla como un animal. Ella nada más gritaba. No hacía nada. Yo sentí que la sangre se me subía a la cabeza. El primer golpe que me dio el infeliz fue muy fuerte, quería noquearme. Cuando reaccioné le arañé con rabia su carota, no quise sentir lo que me hacía, me concentré en lastimarlo, pude morderle la oreja, casi se la arranco, entonces me soltó y antes de que me volviera a golpear, doblé las piernas y lo aventé. La cara de sorpresa no la podré olvidar, me decía groserías que nunca había escuchado, me denigraba por ser mujer, eso me acicateó. Fui más rápida que él para levantarme y patearlo en la cara. También le di una patada al ayudante y le dije a la mucha-

cha que se levantara, debíamos huir. Nos bajamos por la puerta de atrás y corrimos sin detenernos. Después de un rato escuché que arrancaban, pero no nos iban a alcanzar.

Adriana, tomaba su café con dos cucharadas de azúcar, el mismo que le ofrezco cada vez que nos vemos. Lo bebe despacito, en la misma taza de flores que le llevé el día que la conocí. Cuando la vio me dijo que desde ese momento siempre tomaría el café en ella. Hoy fue desgarrador escucharla, no lloró. Era una víctima, sí, pero con su dignidad completa. Sus ojos estaban brillantes de lágrimas que nunca derramaría. Sentí rabia. Me alegré de que hubiera lastimado a la bestia que quiso aprovecharse de ella.

—No voy a olvidar su cara ni su peste. Le dije a la muchacha que debíamos ir a la delegación. El MP no fue amable, pero a mi me valió. Tenía que levantar la denuncia, señora. Eso no se iba a quedar así nada más.

Meses después me contó que había acompañado a su hija a inscribirse a la preparatoria y como en un horrible sueño, vio al ayudante del chofer que estaba en la fila para hacer el trámite de inscripción.

—Después de que mi hija se inscribió la mandé a la casa. Me esperé hasta que vi salir al imbécil y pedí hablar con el director del plantel. Le conté todo. Incluso, le voy a llevar copia de la denuncia y le advertí que ese tipo no estaría en la misma prepa que mi hija. No lo permitiría.

En estos años hemos experimentado muchas cosas parecidas. Adriana me consulta y yo le pido consejos. Unos tres años antes de que cumpliera cincuenta me dijo que estaba ahorrando para irse de viaje con su hermana, nada más y nada menos que a Europa. Un mes. Estaba segura de que lo lograría. A su regreso me enseñó cada una de las cuatrocientas fotografías que tomó.

—Nadie en mi familia creyó que nos iríamos mi gemela y yo a Europa ¡Ni mis hijos que ya me conocen! Solo ustedes, mis clientas.

Le di un abrazo. Le pregunté cuál era su siguiente proyecto, África o Sudamérica.

—Ninguno de esos, voy a ahorrar para cuando me retire a los sesenta años. Ya no acepto más clientas ni trabajo los sábados y domingos. Quiero aprovechar mis últimos años puebleando, conocer mi país.

Han transcurrido casi treinta años de que nos conocemos, ha seguido estrenando auto nuevo cada dos, una promesa que se hizo a sí misma. Hace mucho tiempo le pidió a su esposo que se fuera porque que sólo se hacían daño. Son amigos porque así ella lo decidió. ¿Otro hombre? Ni en pintura.

—Señora, yo me doblo, pero no me quiebro.



Paúl Núñez

Desintegración

Cecilia Durán Mena

La casa está a oscuras, todas las luces están apagadas. Sólo en el estudio hay una lamparita encendida. Mis pisadas presurosas y el ruido de los tacones rebotan por las paredes. Entro a su despacho con la respiración entrecortada. Está escuchando a Rachmaninov. La pasión teñida de nostalgia que se enreda en los acordes del piano le dan un acento dramático al reloj de pie que en ese momento empieza las campanadas. Son las tres de la mañana. Alfredo está mirando a la pared. Me da la espalda. Antes de que lo pueda saludar, sube el volumen del aparato de sonido. Se pone de pie y sin apenas mirarme, se acerca a la repisa en la que guarda sus licores y se sirve una copa de *Macallan Gold*. No tengo ganas de discutir. No quiero arruinarme la noche. Salgo del despacho despacio, casi de puntitas. Me quiero cambiar. No aguanto los tacones. Me duele el cuerpo.

Entro al baño. Enciendo las luces del espejo. Saco las toallitas húmedas y me empiezo a desmaquillar. Me quito las pestañas postizas. Me deshago el peinado. Me cepillo los dientes. Me pongo la pijama. Mi pijama vieja, la que conserva el olor a hogar. Me doy cuenta de que tiene hoyos en los puños, en los codos y un pequeño agujerito se le empieza a formar en las faldas de la camisa. Hasta ahí alcanzo a escuchar las notas de la pieza de Rachmaninov que usaron como tema de la película *Pídele al tiempo que vuelva* que protagonizó Christopher Reeves. No es casualidad que haya puesto, precisamente, esa pieza. Para Alfredo no hay casualidades cuando se trata de música. Ojalá pudiera echar las manecillas del reloj para atrás.

Al menos, regresarlas unas horas para volver a vivir el reencuentro. Con el trabajo que costó reunirnos. Y, no es que hubiera complicaciones para coordinar agendas, lo complicado fue lograr que las voluntades concurrieran. Lo logramos, haríamos el concierto: llegamos al punto en el que todas estuvimos de acuerdo en la cantidad que recibiríamos, en que lo haríamos en la Ciudad de México y conseguimos que fuera en el auditorio con mayor capacidad. Tuve miedo. Alfredo me advertía: ¿y si no va nadie?, ¿y si no hay un alma que las recuerde?, ¿qué necesidad hay de pasar ese mal trago? No te expongas a semejante situación, ha pasado mucho tiempo. Ya nadie se acuerda de ti. La dureza de sus palabras estaba llena de verdades. Quería contarle que se había equivocado. Quería hacerle saber las dimensiones de su error.

Aún puedo escuchar los aplausos del público que gritaba: ¡Otra, otra, otra! El nivel de adrenalina que teníamos en el cuerpo nos hizo salir en tres ocasiones y volver a cantar. La gente estaba tan prendida que no les importó que repitiéramos algunas de las canciones que ya habíamos cantado. Nos mirábamos unas a las otras y parecía que habíamos regresado el tiempo y que treinta y tres años no habían pasado. Éramos las mismas tres chicas que saltábamos al escenario a cantar las canciones de moda y no las tres señoras

en las que nos habíamos convertido. Frente al público, volvimos a ser esas jovencitas que brincaban sin parar y sin desafinar.

Volví a ser esa solista que le provocaba gritos al público. Si elevaba los brazos gritaban, si me agachaba gritaban, si guiñaba, gritaban, si cantaba, se callaban por un segundo y luego se unían conmigo a cantar. Volví a ser la integrante del grupo juvenil estrella que rompió récords de venta, la de los discos de platino, y dejé de ser de las cantantes que decidieron hacer una pausa a su unión musical para poder realizar otros proyectos personales. Lo de hoy fue uno de los reencuentros más venturosos de la farándula, hemos visto que otros grupos de los noventas se han reunido para deleitar a su público, volvieron a juntar su talento y nadie los fue a ver.

Recuerdo aquel día. No puedo olvidar la cara de sorpresa de los representantes y de mis compañeras cuando les dije en forma tan solemne que debido al compromiso de amor y respeto que siempre nos había unido, —no dije nada del éxito y el dinero que habíamos ganado— les anunciaba mi decisión de hacer una pausa en nuestra aventura musical para poder desarrollar planes y sueños que siempre habían estado en el horizonte. Quería dedicar todo tiempo y entrega a su otra pasión: el amor que sentía por Alfredo. Ellas juntas, tendrían que formar parte de un proyecto musical que no me incluyera.

No lo podían creer. Nadie se entendía que le estuviera poniendo freno a un proyecto tan exitoso, tan rentable y divertido. Lo hice. Romú lloró y Amish me llamó sanguijuela. Romú se desesperó y me preguntó que cómo era posible que me dejara manipular por ese monstruo petulante. Amish la jaló del brazo y dijo que el pecado de la idiotéz lleva pegado un castigo terrible. Quise decirles que, quizá, en el futuro, nos podríamos reunir de nuevo. Romú abrió una bolsa de papas fritas, les echó salsa picante y se fue a un rincón a comérselas. Amish me miró, en su rostro se dibujaba la maldición que no se atrevió a pronunciar. En cambio, me dijo: te deseo toda la suerte que te mereces. En mi ingenuidad, le di las gracias. No me di cuenta del mensaje encriptado que se escondía en esas palabras.

Cualquier cosa dicha sobre el sentido del amor, me habría envuelto en un intrincado interrogatorio sobre las razones que me llevaban a dejar de lado una carrera profesional tan bendecida por el cariño del público y tan prolífica en utilidades. Se trata de darse tiempo, de darse a uno mismo la oportunidad cuando parece que la otra alternativa ya no va a dar más de sí, me defendí. No supieron nada de lo otro. El ultimátum de Alfredo era claro. No tuve claro que la música es el antídoto de la desintegración.

Nos olvidaron.

Las olvidaron.

Me olvidaron.

El proyecto de Romú y de Amish fracasó. No vendieron ni el diez por ciento de los discos producidos. El inventario se remató y el excedente se llenó de polvo en una bodega. A mí me tocó desaparecer entre los corredores de una casa, me desvanecí en el reflejo de los vidrios de los ventanales, me confundí

con los adornos de la sala, me adormecí con los discursos del partido, jamás llegué a estrenar el vestido que compré para el día en que Alfredo llegara a tomar posesión del cargo tan anhelado.

También él se hizo polvo.

Por eso, fue toda una sorpresa enterarme por las redes sociales, de que había planes de un reencuentro. A mí nadie me había invitado. Les deseé suerte, en mí fuero interno a Romú y a Amish. Entendí que no me quisieran incluir. Por eso, casi me caigo de la silla, cuando escuché sus voces emocionadas en el teléfono que me pedían que formara parte de esa aventura. Es una locura. Sí, es una locura y tienes que participar. Las especulaciones fueron creciendo. Yo aún no decía que sí. Millie, nuestra manager de entonces y de ahora, pensaba que era mejor. Lo fue. Acepté. Los detalles empezaron a complicar las cosas, pero, lo logramos.

Verlas fue un shock. Romú se había inyectado la cara con botox y se notaba. Tenía la frente lisa y los ojos que antes eran un par de círculos enormes, ahora eran un par de rayas algo chuecas. Amish se cortó mucho el pelo, ya no era esa mata exuberante de cabello azul, rojo y amarillo, ahora era un casco pegado a la piel y el contorno de la cara se veía afectado por la fuerza de la gravedad. Yo, había subido como veinte kilos. Una vez pasada la alegría inicial causada por la confirmación del reencuentro, la pobre Millie tuvo que lidiar con que en los días en que queríamos hacer las presentaciones, una de las tres daba un pretexto o presentaba una complicación. La edad nos hace necias, arrogantes y pretenciosas. También temerosas, debajo de tanta evasiva y tantos rodeos se olía el aroma del miedo. Más el mío que había decidido no informar de nada a Alfredo.

—Ojalá podamos hacer algo nuevo para ustedes y sobre todo para nosotras, dejarles buenos recuerdos—le dijo Romú a un público que la recibió con aplausos y porras, al momento de empezar el concierto.

—Aquí donde me ven, todavía puedo bailar—gritaba Amish a medio concierto mientras se movía rítmicamente y saltaba mejor que antes.

—Casi tenemos treinta y tres años de que empezamos a cantar, en aquella época no teníamos responsabilidades, pero, hoy podemos decir que ahora es el mejor momento de todos. Gracias, gracias querido público—fueron las palabras con las que Romú cerró el concierto, mientras se enjugaba el sudor y las lágrimas.

Yo misma, antes de entonar uno de los temas que más nos pedían, compartí con sinceridad lo que creí que era nuestra fórmula de éxito.

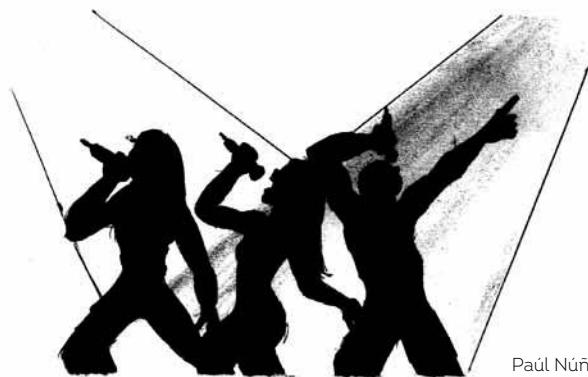
—Todo se los debemos a su cariño y a la conjunción del trío. La libertad de Romú de cantar con su color de voz y lo hermoso del timbre de voz de Amish y el privilegio de usar mi voz me hace decir que soy muy afortunada. Gracias por venir. Gracias por recordarnos. Gracias por no olvidar.

Millie habló de llevar a cabo una gira, de embarcarnos en tres años de conciertos. De volver a cantar en Madrid, Los Ángeles, Buenos Aires, regresar a Moscú, ir a Roma, probar suerte en París, Tokio y Kuala Lumpur.

Salgo del baño. Entro a su despacho con una sonrisa enorme. El corazón late con fuerza. Quiero atesorar todos los aplausos, todas las porras. Le quiero contar a Alfredo todo: el éxito del concierto, los planes, las posibilidades. Me acerco al aparato y apago el sonido de los acordes de Rachmaninov. Alfredo gira el sillón y me mira. Tiene los ojos inyectados y la nariz roja. El vaso que tiene en la mano está vacío igual que la botella de *Macallan Gold*. Mueve la cabeza de un lado al otro. Sé lo que significa esa mirada. Doy un paso atrás. Miro al suelo. Meto el dedo índice en uno de los hoyos de la pijama.

—Ay, Paulina. Nunca dejarás de ser la usa pijamas con hoyos. Esa eres tú. Esto es lo que eres.

Jalo la manga de la pijama, digo buenas noches y me voy a dormir.



Paúl Núñez



ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS - NO VIOLENCIA / CARL FREDRIK REUTERSWÄRD / MARTIN MORCK

United Nations

La Embajada de la República de Sudáfrica en México,
en colaboración con Pretextos Literarios Por Escrito,

CONVOCA

Al primer concurso de poesía, cuento corto y ensayo
en el marco de la campaña mundial y el programa para

SILENCIAR LAS ARMAS EN ÁFRICA PARA 2020

Consulta las bases en www.porescrito.org



SUDÁFRICA



UNITED NATIONS



Columpio, **Andrea Fischer**



Sin título, **Alessandra de Zaldo**



Sin título, Rodrigo Amaya Trucchi



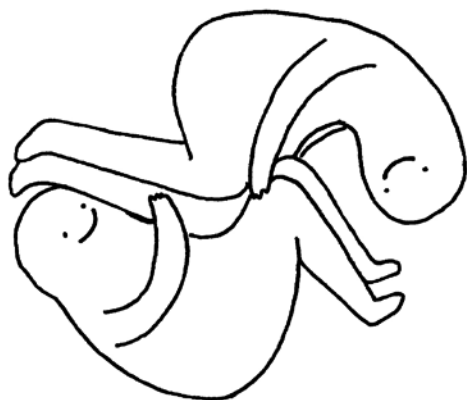
Sin título, Alessandra de Zaldo



Sin título, Andrea Morlote



Sin título, Andrea Morlote



HAGÁMONOS BOLITA

Hagámonos bolita,
Jennifer Frías

YO QUIERO SER EL ESPACIO



ENTRE TU PIEL Y TU ROPA

Yo quiero ser el espacio
entre tu piel y tu ropa,
Jennifer Frías



Florecer, Finé Alejo



Friné Alejo
No me riges, Friné Alejo

octubre-noviembre 2019



De Espaldas al Volcán

Dirección José Acosta
Creación colectiva

Programa En compañía de la Compañía

Sala Héctor Mendoza

Francisco Sosa 159, entre Melchor Ocampo
y Encantada, Barrio de Santa Catarina
Coyoacán, CDMX

Mayores de 16 años

Entrada libre con reservación / cupo limitado

Coproducción de la Compañía Titular de Teatro del Complejo
Cultural Universitario de la Benemérita Universidad Autónoma
de Puebla y la Compañía Nacional de Teatro

Jueves y viernes 20 h

sábado 19 h | domingo 18 h

Del 17 al 20 de octubre | Del 14 al 17 de noviembre

CHERÁN O LA DEMOCRACIA SEGÚN CINCO INDIAS RIJOSAS

De Luis Enrique Gutiérrez Ortiz Monasterio
Dirección Jibre Dominguez

Programa En compañía de la Compañía

Sala Héctor Mendoza

Francisco Sosa 159, entre Melchor Ocampo
y Encantada, Barrio de Santa Catarina
Coyoacán, CDMX

Mayores de 12 años

Entrada libre con reservación / cupo limitado

Coproducción con la Universidad Veracruzana

Miércoles, jueves y viernes 20 h

sábado 19 h | domingo 18 h

Del 6 al 10 de noviembre

Enemigo del pueblo

de Henrik Ibsen
Versión y dirección David Galán
Escenografía e iluminación Alejandro Luna



Teatro del Bosque Julio Castillo

Paseo de la Reforma y campo Marte S/N
Polanco Chapultepec, Ciudad de México, CDMX

Mayores de 12 años
Entrada general \$150, Jueves \$30

Jueves y viernes 20 h

sábado 19 h | domingo 18 h

Del 22 de noviembre al 15 de diciembre



LA VIDA ES SUEÑO

de Pedro Calderón de la Barca
Dirección Claudia Ruiz

Sala Héctor Mendoza

Francisco Sosa 159, entre Melchor Ocampo
y Encantada, Barrio de Santa Catarina
Coyoacán, CDMX

Mayores de 18 años

Entrada libre con reservación / cupo limitado

Jueves y viernes 20 h

sábado 19 h | domingo 18 h

Del 28 de noviembre al 15 de diciembre

Con el apoyo estable de la Compañía Nacional de Teatro

Informes y reservaciones: publicos.cnteatro@inba.gob.mx | Inscríbete a SeguidoresCNT en la página www.seguidorescnt.com



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA

INBAL



Programación sujeta a cambios INBAL 01800 904 4000 - 5282 7964 - 1000 5638

www.gob.mx/cultura

www.mexicoescultura.com



INBA en [Facebook](https://www.facebook.com/inba), [Twitter](https://twitter.com/bellasartesnba), [YouTube](https://www.youtube.com/channel/UC...), [Instagram](https://www.instagram.com/bellasartesnba), [LinkedIn](https://www.linkedin.com/company/inba), [WhatsApp](https://www.whatsapp.com/channel/0029...), [Telegram](https://t.me/bellasartesnba) y [bellasartesnba.com](https://www.bellasartesnba.com)

www.gob.mx/cultura/inba

El sitio web

Francisco Duarte Cué

Me llamó María Elena para decirme que me andaban buscando para una chamba: una antigua compañera de escuela que ahora estaba dando algo así como consultas vía electrónica, quiere hacer su sitio web y está buscando quién se lo diseñe.

Como no sé decirle que no, anoté el teléfono de su amiga y de inmediato la busqué para ponerme a sus órdenes. A fuerza de ser franco, no me acordaba bien a bien de la futura patrona. Sí recordaba su nombre pero, ha pasado tanto tiempo sin vernos que seguramente podríamos cruzarnos en la calle sin reconocernos.

Por ello opté por sugerir vernos en un restaurante de esos que sí tienen señorita a la entrada que anota los nombres de los comensales; ahí hay menos pierde.

No fue labor sencilla el ponernos de acuerdo para la cita, ella radica en otra ciudad que, aunque cercana, no deja de estar lejos y yo trabajo desde temprano lo que me complica los desayunos y las comidas aunque me deja algo de libertad para la cena. Y así fue, finalmente quedamos en una cena tempranera, casi merienda, en un restaurante de la zona centro.

Llegué un poco antes para no hacerla esperar, pero me ganó; ya estaba sentada. Lo de la hostess fue un acierto: no la hubiera reconocido.

Un aperitivo y a iniciar la chamba. Primero: ¿qué necesita el cliente?

Me empezó a explicar por dónde la había llevado la vida para toparnos con que la intención era dar servicios contables a través de su página. Ya no pregunté más, pero siguió contando, cada vez intimando más en el relato. La interrumpí para decirle que ya tenía los datos necesarios y que no esperaba mayores complicaciones para elaborar su petición.

En cosa de una semana, ya tenía listo el trabajo; ahora viene lo segundo: instalarlo y mostrarlo al cliente. Le llamé para una segunda cita pero ésta en sus oficinas —en donde tuviera su computadora—. Me citó en su casa haciendo hincapié en que incluyera mi traslado en los gastos totales del desarrollo que recién había terminado.

Fui a la sede de sus labores y le entregué todo lo necesario para que pudiera trabajar con su nuevo proyecto, me invitó a comer e insistió en que comiera pues ella lo había cocinado. Ni forma, y uno débil, acepté... me senté y llegaron los platos, algo de vino y un licorcito para el remate (por cierto, le llamó desempance).

Fue hora de iniciar la despedida y, de tajo, me interrumpió para decirme lo peligroso de la carretera a esas horas por una mezcla de neblinas y camiones de carga. Vino una invitación a quedarme en una habitación para huéspedes y a continuar la plática por un rato más.

Acepté tras oírla. Llegó la noche y apareció el cansancio de todo el día. Hora de dormir.

Me mostró la habitación y se despidió con un “hasta el rato”.

Estaba por vencer la nostalgia por mi cama con ayuda del oscuro silencio de esa noche cuando sentí una doble presencia térmica entre cuello y pecho. Un par de manos tibias que poco a poco se fueron calentando al frotarse contra mi cuerpo dejándolo preparado para la intimidad. Luego recuerdo que se acercó, envolviéndome en un abrazo erótico que nos dejó acoplados; sin malabares ni jadeos, pero sí con movimientos constantes y suaves, me hizo sentir que su interior estaba tan contento como el mío: satisfechos ambos. Ahí, a mi lado, se quedó el resto de esa noche.

Desperté para encontrarme un termo con café fresco y una tarjetita que decía “Gracias por el sitio web...”

Regresé y en cuanto pude contacté a María Elena para contarle, lo contable, del caso: quedamos en una merienda cerca de su casa ese mismo día. Llegué a tiempo y ya me estaba esperando. Empecé mi

relatoría del día anterior y ella empezó a sonreír cada que hacía una pausa para tomar café. No pude más y tuve que preguntar que por qué las risas...me dijo:

“ Sé que ahora la recuerdas menos, aunque la conoces más, pero sí fue compañera tuya en la escuela. La verdad es que es mi amiga desde entonces y en una reunión reciente saliste a la plática y se acordó de ti. Ya lo demás pues ya te pasó, se trataba de que ella te pudiera abrazar como lo hizo...y hubo que ayudarle un poco.”

Tuve que unirme a sus risas y aceptar que había sido entre engañado y medio manipulado...con ella no me puedo enojar y aunque nos cuesta mucho trabajo, tuvimos que despedimos.

Pasó una semana y recibí un texto en mi celular. Ya se originaba en la página web de mi reciente autoría, y me pedía una cita en mi despacho, para aclarar unas dudas y hacer algunos cambios; proponía que fuera al día siguiente del envío porque estaría de paso por la ciudad.

Acepté gustoso y solo pedí que fuera por la tarde, de lo contrario, no me dará tiempo de arreglar el cuarto de visitas...ni de lavar el termo.



Paúl Núñez

El hilo

Martha Patricia Olmos

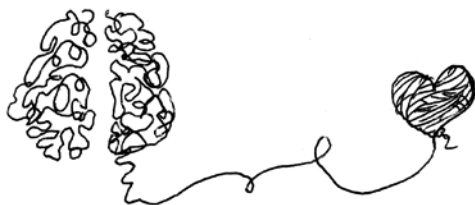
Cuando el hilo se abre en dos, se debilita. La cordura queda distante de la razón, se pierde, es inestable, ondea al pasar de un lado al otro; se atragantan las emociones que había sepultado.

Los pensamientos trastabillan al tropezarme con un nudo que me frena en seco, ni siquiera puedo tragar saliva. Me detiene la culpa, la incoherencia, el miedo. Se me encoge el alma de la inmadurez de lo ocurrido, de haberme lanzado a lo vano, de mis expectativas de cuento, del príncipe de la película. De la búsqueda del amor en otro, dependiente hasta el delirio.

Trato de unir la hebra nuevamente con firmeza, con el afán de no brincar más de una coordenada a otra; subo, subo para encontrar el momento en el que se abrió, donde se desestabilizó el fluir controlado de la sangre, del respirar sin pausas, sin ahogos.

Sólo me topo con represalias, con más nudos, uno tras otro sin indulgencia.

Necesito rescatar lo bueno, dejar de resguardarme en la compasión, asumir mi responsabilidad. Quitarme el disfraz de víctima.



Paúl Núñez

El hombre que se apropiaba de los recuerdos

Susana Corcuera

-Parecía un tsunami. Llegó hasta la terraza y arrasó con todo. Mamá gritaba como loca, no sé cómo nos salvamos. ¿Te acuerdas? -contaba su hermano.

Pero Juan sólo se acordaba de una ola que se llevó su castillo de arena y de la advertencia de su madre para que se alejaran un poco del mar.

Y en otra ocasión, su hermana:

-Fue traumático, por eso me dan miedo los perros. Lo recogimos de la calle y le di un pedazo de carne. El maldito se prensó de mi dedo, no me lo arrancó de milagro. ¿Te acuerdas?

Y Juan sólo recordaba a un cachorro flaco que saltó para atrapar el pedazo de carne y rasguñó con los dientes la mano de su hermana. En la adolescencia, empezó a sentir que vivía en un mundo alterno. Ninguna de las anécdotas de sus amigos coincidía con sus recuerdos. Mientras ellos habían saltado de una barda de más de cinco metros, él había brincado de una de no más de dos; si ellos se habían peleado a golpes con un grupo de prepotentes, él apenas había intercambiado unos cuantos insultos... Hubiera podido acostumbrarse a escuchar en silencio, el problema surgió cuando tuvo novia. Harta de que la corrigiera, terminó la relación, alegando que era imposible salir con una persona de memoria tan limitada.

Esa noche, Juan intentó recodar lo que se suponía que habían vivido juntos, pero su mente se empañaba en mostrarle datos precisos. Se quedó dormido con la idea de que lo mejor sería recluirse en un monasterio donde todos guardaran silencio, él mismo incluido. Ya en la madrugada, soñó que lo perseguían. Para escapar, saltó de techo en techo, bajó por una chimenea y entró por una alcantarilla al drenaje profundo. Ahí, una mujer le regaló un ramo de flores. Justo cuando lo recibía, sus enemigos aparecieron frente a él. Aventó las flores al drenaje convertido en río y se subió a

ellas para navegar lejos de sus persecutores. El pequeño ramo había crecido hasta el tamaño de una balsa.

Se despertó con taquicardias, le costaba ubicarse en su habitación. Una parte de él seguía huyendo. Se lavó la cara con agua fría y el espejo le devolvió una mirada atónita. Acababa de descubrir por qué sus recuerdos no coincidían con los de los demás: los seres humanos -sería aventurado asegurarlo del resto de los animales-, vivían en dos mundos paralelos, el de los sueños y el de la vigilia. Por lo visto, él era el único que los separaba. Entusiasmado con la epifanía, decidió armarse de papel y pluma y pasar el sábado en un café. Dedicó la mañana a tomar notas sobre las conversaciones en las mesas vecinas y la tarde a revisar sus escritos. El sueño le había abierto los ojos. Después de sus peripecias de la noche anterior, ¿por qué no creer que un anciano había pescado un bagre de 5 metros o que una mujer de pelo cobrizo se comunicaba con los ángeles?

La gente se acostumbró a verlo escribir en el café y cuando se corrió la voz de que transcribía conversaciones ajenas, su mesa se llenó de personas ávidas de hablar. Y él escuchaba desde penas de amor hasta aventuras dignas de Salgari.

Hoy, Juan es el cronista de Marencalma, un barrio de peces descomunales, hombres heroicos, mujeres envidiables por sus conquistas y un sinfín de historias que los incrédulos confunden con mentiras. En cuanto a él, ha sobrevivido a un tsunami y rescatado a una niña de las garras de un perro rabioso, incluso ha tenido que refugiarse en una alcantarilla para huir de la mafia. Bueno, es que le ha pasado de todo.



Escribir una ofrenda

Paulina Morales

Alguna vez en la casa le pusimos una ofrenda pequeña a papá. El altar de Ena y sus palabras me hicieron añorar la idea de recibir a los muertos por una noche, pensar en la comida que compartiría y cosas que querría hacer con ellos. Extraño mucho sus voces y sus formas de quererme. Las ofrendas son una manera muy física de llenar esas ausencias de recuerdos. De haber estado en México, probablemente habría ido con mamá a llevarles flores el fin de semana.

A Abuela Mi Vida le prepararía unas garnachas. Siempre nos consentía cuando nos invitaba a comer, habría sido bonito que algún día fuera al revés. Le enseñaría mis quemadas en los dedos y seguramente ofrecería cortármelos. Le platicaría todo lo nuevo y nos reiríamos de tantas cosas juntas. Me gustaría que me dijera “sweetie”. Seguro me diría que le quiere todavía cortar el pelo a mamá. Le contaría que este fin de semana nos la encontramos en unas violetas en el museo de Rodin. Querría una cama más grande para acurrucarme con ella y me ofrecería a cepillarle el pelo mientras pasamos tiempo juntas.

A Mañel tendría que consultar con Cristina qué más cree que debería poner además de chocolates. Me imagino que me contaría con detalles y sugerencias el viaje que hizo con Ceci por acá. Estaría muy contento de vernos más independientes. Se burlaría un poco de mis brazos todavía puestos como pájaro. Le diría que siempre estoy agradecida de que pensara que abuelita y yo nos parecíamos.

A Abue Betty le tendría unas botellitas de azúcar que son como lagrimitas gigantes y un éclair de chocolate de los que acabamos de comer Andrea y yo en París. Le daría mucho gusto que le platicáramos sobre nuestro fin de semana. Seguro pensaría que sus chinitos ya están muy grandes. Nos contaría muchas cosas y le arrebatría sin más la palabra al abuelo. Le enseñaría mi foto de la titulación en la que le doy un aire con esos ojos grandes.

Al Abuelo Mi Vida le tendría frijoles canario para desayunar, un poco de cajeta pues me imagino que la diabetes ya no es un problema, y un gran trozo de chocolate Oaxaca con cajón, desarmador y martillo incluido para que nos regalara un pedacito. Le tendría un piano listo. Le daría las manos y le contaría cuánto lo he extrañado. Nadie me ha querido con tal intensidad. Al abuelo sólo verme podía literalmente hacerle el día. Me dan tantas ganas de ir a su despacho a contarle todo lo que he aprendido en la escuela, a compartir pistaches y usar sus cáscaras como catarinas.

A papá le querría tener mesas de distintos restaurantes listas para que nos sentáramos a comer juntos, para que le compartiera a Andrea su vino tinto y platicáramos un buen rato después de cada comida. En Kuh, le preguntaría si a él también le recuerda un poco a Contigo, Pan y Vino. El pescado a la sal

haría que quisiéramos que los abuelos y Pollo estuvieran ahí compartiendo con nosotros. Seguro le gustaría aprovechar e ir a Cluny por una hamburguesa. Ya soy más valiente y a lo mejor en cada lugar me atrevería a probar algo nuevo, aprovechando la certeza de que él se lo termina sin problema.

Le prepararíamos el lomo en pulque de mamá y bolitas de ron que sean suyas para que no tenga que robar. Diez años es mucho para los nuncas y para siempre. A papá querría compartirlo con sus amigos y la familia para disfrutar viéndolo convivir. Chance hasta aceptaría que no nos viéramos en su visita y fuera a vivir todo el proceso de una feria en una noche. Le pediría que regrese en la mañana un rato para que le pueda ver la alegría y el orgullo en la cara.

Creo que esta vez de lo que más le preguntaría sería de sus viajes. Cómo lo extrañamos ahora que anduvimos Andrea y yo en Tullerías. Me sentaría en sus piernas y le diría que a ratos me asusta muchísimo todo todavía. Le explicaría lo difícil que ha sido aprender a ser sin él. Le contaría que seguido lo veo en Andrea, por ejemplo, en la manera de ambos de caminar.

A Álvaro quisiera que la muerte le haya dado voz. Le diría de la dulzura de su sonrisa y de lo maravillosa que es la familia paterna. Le platicaría cosas que me ha contado Abue Gus y le sugeriría que fuera a corroborar con él directamente mis historias, pues a veces invento como Abue Betty. Le trataría de explicar cuánto admiro y extraño al Abuelo Gus, el privilegio que es visitarlo.

Tendría chocolates y otras cosas ricas para que muertos que no son tan míos pudieran disfrutar, para que supieran que también a ellos los tengo presentes (para Christy, Carolina, Delfy, Silvia mi vecina, la mamá de Lulú, la mamá de Tere, Jorge Lozano y otros que para nada son míos, pero sí son de personas a las que les tengo muchísimo cariño).



Paúl Núñez

En la hora más oscura

Juan Carlos Padilla Monroy

En medio de la noche oscura y silenciosa, recostado en el cómodo sillón de la biblioteca de mi casa, disfruto lo que más me gusta: leo un libro bajo la luz alegre de una lámpara antigua y, aunque triste por la ausencia de un colega, nada regocija más mi corazón que la melancólica literatura. Es una noche perfecta para reflexionar y llevar al papel todos aquellos anhelos que alumbraron mi vida.

Lágrimas traicioneras brotan de mis ojos y ruedan sobre mis mejillas hasta caer en el libro indicándome un pasaje. Acaricio con el pulgar la húmeda hoja manchada por el llanto.

“Quien no ama la soledad tampoco ama la libertad, pues únicamente se es libre cuando se está solo, ya que la obligación es la compañera inseparable de toda compañía”.

Coloco un separador y cierro el libro, me levanto del pesado asiento y recorro con la mirada la cálida estancia mientras busco en mi saco la pluma con que fueron escritas mis más refinadas narraciones.

- Libre, no lo creo, mi única libertad consiste en creer que soy libre, estoy limitado a este excesivo mundo cabalmente finito.

Este pensamiento atormenta mi alma y consume mi vida que pronto se extinguirá.

- Al parecer soy invisible a los ojos de Dios, pues me ha abandonado, me ha olvidado en esta tierra y aún no me llama a su encuentro.

El aroma de los viejos libros produce en mi espíritu una tranquilidad aún mayor a la que produce el sonido de las olas en el mar.

- He leído todos estos libros, pero ¿de qué me ha servido? mi filosofía sólo la he compartido conmigo, me he idolatrado vanamente, pues no hay quien alabe mi sabiduría, el rico no goza de nada si le hace falta la envidia de los demás. ¿Qué me hubiera costado ser prudente cuando hablé en público? La razón de que un perro tenga tantos amigos es que mueve la cola y no la lengua; conozco los valores éticos y aún así no fui capaz de aplicármelos, quizá ahora estaría riendo con mis amigos, escuchando música, bebiendo té y conversando fantasías, un amigo no es cosa de la que pueda ufanarse todo el mundo.

La pluma se detiene para meditar, cuántas palabras y pensamientos escapan en la reflexión y no tienen un destino, porque olvido dárselo; el hombre no debiera censurar las ideas que circulan por su cabeza sino darles dirección.

- Uno aprende a estar solo, pues también se está solo entre los hombres – continúo - Los extrañaré cuando me falte la vida, la presencia inminente y silenciosa de la muerte es uno de los fuertes lazos espirituales de la humanidad. Pero mi alma, corrompida por el egoísmo, aún no aprende a amar al hombre y lamenta la soberbia y el mal que ha causado, pero es tarde para arrepentirse; pues cuando tuve veinte años, tuve el rostro que Dios me había dado; a los

cuarenta, el rostro que me dio la vida; y a mis ochenta años, tengo el rostro que merezco.

Me levanto del escritorio, no puedo continuar escribiendo, las letras no fluyen igual que antes. Me acerco a la ventana, observo la silenciosa estrella que en la oscuridad de esta noche encantada me advierte, que no volveré a vislumbrar su brillantez. Cierro los ojos e intento recordar la primera vez que vi esa estrella hace ya muchos años.

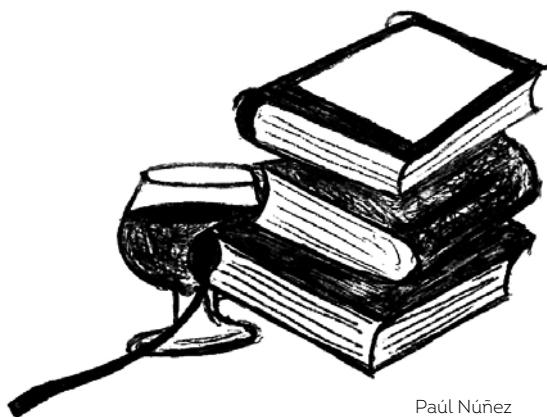
- Las estrellas brillan más fuerte cuando tengo los ojos cAhora animo mi mente y caliente mi cuerpo con una copa de coñac que aguarda tranquila en el rincón de la estancia.

- Es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás y; sin embargo, bebo para olvidar. Cuando parten, las tragedias dejan marcas eternas, y las glorias recuerdos inútiles, pero el éxito es la única medida terrenal entre lo recto y lo equivocado. Cuando muera quiero dejar un legado, deseo ser inmortal, inmortalidad que se hará evidente en el recuerdo que tengan quienes leen mis libros, escuchan mis discursos y conviven conmigo. La carta que ahora escribo es mi legado inmortal y eterno en la memoria de ustedes, a fin de cuentas, el ser humano es más dueño de sus ideas que de los objetos y lo afirmo, porque sé quien soy, y eso me da miedo. Cuanto más me conozco, más me espanta ser yo mismo; cuanto más seguro estoy de lo que ansío, más empeño pongo en disimularlo; cuanto más inevitable veo mis vicios, más feroz y desesperadamente predico la virtud. Es por ello que decido consumirme y no diluirme lentamente. Después de haber vivido todo este tiempo, me doy cuenta que las horas son dolorosas,

pero la última es mortal, mas lo que he vivido, bueno o malo, lo he hecho porque así lo he querido, y yo sé que el más insignificante presente, tiene sobre el pasado más significativo, la ventaja de ser real. Al menos esta soledad infinita, me deja el consuelo de un soliloquio inteligente, ya que la soledad es la riqueza interior, y puede existir independientemente de la sociedad.

Se dibuja el alba en el firmamento y deseo ver el nuevo amanecer, me aproximo a la ventana para disfrutarlo por última vez.

- Al fin que la hora más oscura, es la que viene antes de salir el Sol.



Paúl Núñez

Noviembre

Santiago Nogueira

En el bar en que estoy hay una empleada sometida a una evaluación de desempeño. Acontece a la vista de sus compañeros y de gran parte de los clientes. Se trata de una escena de capitalismo explícito que me genera cierto malestar.

La supervisora pregunta y la empleada responde. Las respuestas se convierten en datos e información que van a parar a la planilla que administra la supervisora en su computadora portátil.

El resto de los empleados observan la escena como un simulacro de lo que en breve les tocará afrontar y han comenzado a prestar atención encubierta a lo que pregunta la supervisora. Además de alterar mis planes creativos, la evaluación de desempeño demora la preparación de mi pedido: un café con leche y unas medialunas rellenas con crema pastelera.

Odio al capitalismo del subdesarrollo.

Si no fuera que soy un burgués con conciencia de clase, tengo bien claros mis beneficios por ser profesional y gozar de un trabajo en blanco, saldría ahora mismo a la calle para militar contra la explotación y precarización capitalista. Pero estoy muy cómodo en mi zona de confort existencial y material. Me limito a la crítica discursiva. Si viviera, Marx me diría: *Dejá de decir que sos marxista. De proletario solo tenés tu tarjeta SUBE.*

Trato de concentrarme en mi escritura, pero no logro desvincularme de la interacción entre la supervisora y la empleada. De cualquier manera, no se me cae una idea. Miro a las otras mesas a mí alrededor, ninguna parece alterada por el desarrollo a cielo abierto de la relación de explotación en curso. Todos y todas siguen en la suya. Un orden social opresor es bueno para una ciudadanía opresora.

Escribo en mi cuaderno de notas:

Evaluación de desempeño. Exhibición para la sociedad. Modelo de prueba para tus compañeros. Hoy serás el espectáculo de alguien. Hoy serás el personaje en la ficción de un germen de escritor. Hoy tu vida será evidencia empírica para la tesis de un investigador.

Levanto la vista, observo que ambas guardan silencio. Presiento el desenlace. La empleada recorre el local con la vista mientras corrobora que sus articulaciones no se hayan entumecido. Presto atención a la supervisora. Leo sus labios pronunciar eso sería todo. La empleada agradece, se pone de pie y regresa a la barra.

Mis miedos se confirman. La empleada regresa a sus tareas e intercambia risas y comentarios trillados con sus compañeros. Han normalizado la explotación. En

venganza llamo a la moza que me atendió, le pido otro café y que, por favor, no se demore tanto esta vez.

-Volvé al bar y habla del tema con alguno de los empleados- me sugiere mi único amigo afiliado al Partido Comunista, con quien me junto una vez por semana a cenar-. Yo te voy a dar unos textos para que se los entregues.

Le digo que mejor lo haga el directamente. Me dice que no sería estratégico. Otro comunista más en evitar la praxis.

Regreso al bar y pido lo mismo que la otra vez. Cuando la moza vuelve con el pedido le comento del suceso que presencié involuntariamente y le entrego unas encuadernaciones muy económicas de El Manifiesto Comunista. El interés de la empleada es nulo y me hace sentir un imbécil, un idealista de segunda mano. Su desprecio me pone en un dilema: intentar olvidar todo o interpelar a su corazón. Intento lo segundo, pero se necesita una empatía y un vocabulario del que carezco para conectar con jóvenes que solo quieren plata para pagar el alquiler, las cuentas, las cuotas de la tarjeta de crédito, poder comprar algo de comida en el chino de su barrio y que les quede algún margen para comprar unas flores y armarse un porro en su día libre.

Me olvido rápido de mi fallida persuasión marxista. Unos cuantos días después regreso al mismo bar para ejercitar mi escritura creativa. Pido un café con leche y 3 medialunas de manteca. Me distraigo con la lectura de las noticias en la web y me sorprende la proximidad de una figura humana en mi mesa. Era la supervisora.

-Me comentaron los empleados que usted les trajo material de lectura comunista.

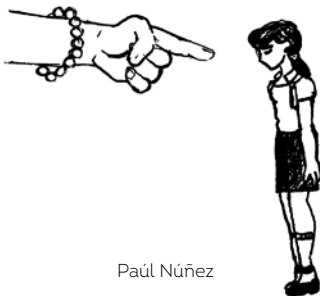
Insulto mentalmente a mi amigo. Los empleados simulan continuar con sus tareas mientras yo soy aleccionado por la supervisora. Imploro por disculpas y reconozco el carácter desatinado de mi intervención política. La supervisora regresa a su lugar de trabajo. Poco tiempo después la moza trae mi pedido.

Doy un mordisco a la medialuna. A continuación, tomo un sorbo de mi café con leche.

Me inquietan las risas de los empleados.

Guardo mis cosas en la mochila, dejo doscientos pesos en la mesa y me voy.

Odio al capitalismo del subdesarrollo.



Paroniria

Kassandra Maseda

Dolores abrió los ojos tras sentir cosquilleos recorriendo su cuerpo preso en las entrañas de la tierra. En cuestión de segundos su piel fue sacudida por punzantes escalofríos que desembocaron en un ahogado grito. Sus huesos paralizados le impidieron matar al maldito insecto que caminaba por sus labios agrietados y pronto sus ojos se empaparon de lágrimas.

-¡No quiero morir! ¡Por favor ayúdenme! ¿Cómo es que estoy aquí? No quiero morir, no de esta forma, ¿por qué, Dios no me permitiste morir en vez de dejarme atrapada entre tierra y catalepsia? No puedo solamente esperar la muerte, tengo que encontrar la forma de vivir.

Cerró los ojos apretándolos lo más intenso que se podía. Todo eso debía ser un terrible sueño, una paroniria. Pensó que sería despertada por su alarma o por el ruido citadino, pero en vez de eso sólo escuchaba chillidos de ratas que se apresuraron a caminar sobre ella. Abrió los ojos de golpe ¡Eso no era una pesadilla, era real! ¿Qué clase de embrujo, karma o maldición era esta que no podía siquiera recordar cómo llegó ahí?

Dolores miró a su derecha y observó una parte reblandecida de tierra, así que comenzó a rascar para encontrar una salida. La luz de la luna se asomaba por el agujero, pudo saborear la promesa de la vida. Poco a poco sus temblorosas manos consiguieron moldear un hoyo más grande, sus lánguidos brazos le permitieron empinarse con dificultad para escapar de aquel precipicio, dejó caer su pecho sobre la tierra y se arrastró por el suelo hasta encontrarse completamente sobre la superficie, el gélido aire alborotaba sus cabellos enlodados. Entonces miró hacia atrás y en el lugar del hueco por el que se fugó, había una tumba de tierra intacta con flores frescas y una cruz clavada con su nombre.



Paúl Núñez

Por el ojo de un ducto

Carlos Azar

— Pocos términos científicos han conseguido, como los agujeros negros, salir de su ámbito (el de la astrofísica teórica) para alcanzar la popularidad que los convierte en algo de uso frecuente -arremetiÓ Oscar justo después de preguntarle cómo estaba-. No es raro escuchar que alguien ha desaparecido como si lo hubiera tragado un agujero negro, o leer sobre el agujero negro financiero de Argentina o de empresas como Enron. Quien más quien menos, piensa que un agujero negro es algo capaz de tragarse cualquier cosa sin que exista posibilidad de que salga de nuevo, incluso la luz.

Tan pomposas me parecieron sus analogías que le recomendé que se dedicara a la docencia.

—Ya lo había pensado, es necesario que los alumnos encuentren a un gran guía que les enseñe el camino para dirigirse a la verdad.

—Claro, por eso te lo recomiendo.

No quise permanecer más tiempo ahí. Por un lapso infinito había olvidado que estábamos en la fiesta de cumpleaños de Andreiévich, quien había decidido festejar con un Karaoke. En ese instante, el alcohol ya había logrado que todos cantaran *hoy para mí es un día especial, hoy saldré por la noche*. Como la noche terminaría en cualquier momento, y los de mi edad estábamos por abandonar la fiesta, decidí empujarme los dos últimos tragos que encontré en la cocina: uno de coca light y otro de caldo de camarón.

Justamente ahí, en la cocina, descubrí que Pablo Bengoechea, dueño de la casa y novio de Andreiévich, ante la petición de su novia de correr a ciertos gorriones, como un San Pedro moderno, intentaba desentrañar un manojito de llaves. Todo eso con la intención de liberar ciertas bolsas de mano, una guitarra y una bazuca para cazar patos, objetos encerrados -casi presos-, en el cuarto de lavado. Bengoechea discutía con Paul Chezmoi -cuyo apellido francés es un equivalente al italiano *Casanova* o al eusquera *Echeverría*-, acerca de la imposibilidad de liberar los objetos atrapados.

Chezmoi, devorado por un minuto de lucidez sólo equiparable a la caída de la manzana en la cabeza de Newton, recordó que, en la moderna casa de Bengoechea, el arquitecto Ezrawe Kurosawe había generado un ducto por el que caía la ropa sucia -una vez más Newton-, directamente al cuarto de lavado.

—¿Y si entramos por el ducto?

—Sólo alguien muy flaco cabe por ahí.

Chezmoi, en la distorsión del alcohol, bajó la mirada, comprobó su destino corporal y entendió claramente su misión heroica. Sin decir una palabra hizo mutis de la cocina. Cruzó velozmente por el sitio en el que Óscar todavía

pontificaba, *Siempre que sea posible, debe haber al menos una verificación independiente de los hechos*, y se topó de frente con Celestévez, una mujer que será recordada, en el siguiente orden, por ser una portera capaz de detener penales imposibles; una catadora de panes de muerto capaz de discriminar cada esencia de naranja; una coleccionista de calcetines sin zurcir; y finalmente, una arquitecta que no la ha hecho del todo mal. A pesar de ser capaz de detener penales imposibles, no pudo impedir el paso de Chezmoi y sólo alcanzó a preguntarle:

—¿Dónde vas?

—*You don't want to know.*

Y así fue, no quiso saber más y volvió a concentrarse en la cerveza y en la papa sin catsup de Gloria Trevi.

Pero el que nos interesa es Chezmoi, sigámoslo antes de perderle la pista. Al entrar al baño, descubrió que al ducto salvador se ingresaba por unas puertas instaladas bajo el lavabo. Como una toalla inmensa cubría el acceso, quiso conocer la altura de la caída y empujó la prenda, pero no pudo contener el vuelo generado y cayó de cabeza inexorablemente. Aun así, según el acertado dictamen de Bengoechea, Chezmoi no alcanzó el cuarto de lavado. Atorado porque no pudo librar la curva de la construcción, dos barras de madera le impidieron que las piernas dieran vuelta. Dichas barras acribillaban las rodillas y las espinillas de Chezmoi, y a pesar de las frutas de Newton, impedían la caída libre. Alguien diría, presa de cierta filantropía inexplicable, que afortunadamente aparecieron las barras porque así cancelaron la evidente intención suicida de Chezmoi. Duro golpe del destino, Chezmoi había querido convertirse en Batman y ahora colgaba como murciélago.

—**Desarrolla más de una hipótesis.** No corras con la primera idea que te encapriche.

A pesar de las enseñanzas sacerdotales de Óscar, pudimos escuchar las llamadas de auxilio que Chezmoi lanzaba desde las profundidades del ducto. Merlín Merlín, un compositor neoyorquino de oído fino, fue el primero en descubrir el grito de ayuda. Como no quería acudir solo, fue al estudio donde dormían la festejada y sus amigas, hartas de que el deseo de correr a los gorriones no había sido cumplido. Despertó a Martina Guzmán, sobrina del afamado cantante Enrique Guzmán, y cuyos nexos con el narcotráfico le habían permitido controlar cabalmente el karaoke.

Al entrar al baño, pudieron reconocer los zapatos de Chezmoi.

—¿Qué te pasó?

—¡Ayúdenme a salir!

Fácil empresa. Aunque era casi imposible coordinar los movimientos, habría que utilizar la fuerza de caída para que pudiera avanzar por el ducto o retroceder y zafarse. Como la gravedad no había logrado liberar a Chezmoi hacia abajo, la fuerza para favorecer esa caída tampoco fue de gran utilidad. Por lo tanto, habría que jalar, tratar de invertir el camino que lo había llevado a esta situación.

—Te vamos a jalar para que salgas.

Así lo intentaron. Jalaban con toda fuerza, pero con sospechosa facilidad, sólo el pantalón de Chezmoi salió del ducto.

La escena era trágica, sin duda, y como bien nos ha demostrado la historia, la tragedia convoca a la curiosidad. Muchos ojos, ávidos de sangre, llenaban el espacio destinado a las estrecheces de un cuarto de baño.

—Llamemos a los bomberos

—¿Y qué les vamos a decir?

—Que tuvimos un accidente

—¿Nosotros?

—Bueno, Chezmoi

—Lo importante es entender que algún día seremos capaces de viajar en el tiempo. (Óscar también había llegado. Qué útil hubiera sido para Chezmoi este anunciado viaje en el tiempo, ¡siempre llega tarde el progreso!)

—¿Estás bien, Chezmoi?

—Sí, salvo la punzada en la ceja derecha, todo está bien.

—¿Tienes hambre? Te podríamos pasar un sándwich de miga

—No, gracias.

—¿Saben? En Chile a los sándwiches se les llama sánwiches.

—Ah, ¿sí? Aquí se les llama sándwiches.

—Claro, y si llamamos a los bomberos,

—No, ahorita resolvemos el problema.

—¿Cómo le dicen a los sándwiches en Italia?

—No sé. ¿Y si llamamos a Celestévez? Ella es arquitecta.

—Pudiera ser. ¿En China comen sándwiches?

—No creo.

Finalmente tomaron una decisión. Bajarían para que Bengoechea les prestara una caja de herramientas que les pudiera servir para liberar a Chezmoi. No obstante, no previeron que uno de ellos, el más eufórico quizás, encontrara un hacha en el patio y sintiera, de golpe, que ésa era la herramienta ideal. La descolgó y ágilmente se arrojó a cumplir su cometido. Qué pena que no lo vimos dar vuelta, sólo oímos el impacto en la puerta de cristal que comunica el patio con la cocina que no le permitió el paso y el subsecuente grito producido por el hacha clavada en su dedo.

Dado que la herida no fue muy profunda, permaneció la decisión: primero liberar a Chezmoi de su posición de murciélago, para luego llevar a suturar el dedo de este hombre. Debo decir que como Bengoechea no había podido encontrar la llave le había pedido ayuda al famoso escritor colombiano Héctor Abad Faciolince y con una enorme piedra liberadora, había abierto la puerta que dio lugar a esta historia y esperaban la caída de Chezmoi cuando

sucediera. Sobra decir que las dueñas de los enseres encerrados aprovecharon esta circunstancia para tomar sus cosas y salir en busca de otra fiesta, *Pero ahora sí, llegaron los gorriones.*

Se retrasaba la solución. Chezmoi pedía, por piedad, que le taparan el culo pelado. Afortunadamente, ya podía charlar con Abad Faciolince para hacer más amena la espera. Merlínz con una segueta trataba de liberar las piernas atoradas de Chezmoi mientras que Martina veía cómo la silueta oscura del Iztaccíhuatl definía el próximo inicio del día.

No lo sé bien, pero me parece que fue Celestévez, con un martillo, quien rompió la barra que atascaba las espinillas. La ley de la gravedad hizo el resto. Avergonzados ante el destroz insalvable del ducto, aunque liberados por el feliz descenso de Chezmoi, nos disculpamos frente a Bengoechea con la sana intención de que nunca viviera la desgracia de permanecer encerrado en un baño.

Sólo moretones quedaron de la poco dúctil batalla en el ducto. Repuesto del susto y con la sangre en su lugar, Chezmoi abrazaba a Andreiévich para desearle feliz cumpleaños y pedía algo de comer. Ya era hora de irse, así que propusimos salir a buscar tacos y así dejar la escena del crimen.

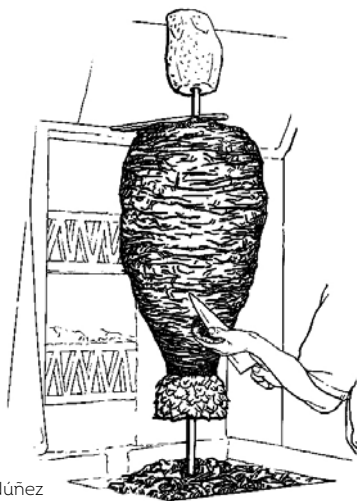
—Maxwell relacionó la luz con las ondas electromagnéticas y no te ves muy bien, Chezmoi —sentenció Óscar-, ¿qué te pasó?

—Te cuento en la taquería, ¿nos acompañas?

—Lo que necesitas es hacer ejercicio —gritó una de las damas que acababan de despertar, luego de conocer la historia.

—Exacto —repuse-, ¿sabes? El verdadero *spinning* es ver cómo gira, una hora completa, el trompo de carne al pastor, con una piña arriba y una cebolla abajo. ¿Vamos a hacer *spinning*?

—Vamos.



Paúl Núñez

Literatura y Psicología

María Elena Sarmiento

Sólo un psicoanalista pudo escribir una novela como *Mi mente de puta* porque se requieren muchas características para lograr algo así. No cualquiera puede ahondar tanto en la psique de sus personajes.

Juan Antonio Díaz es tan psicoanalista que parece haber nacido así. Es indudable que el ser observador y analítico ayudan, pero para llegar a tener el conocimiento que él ha adquirido, necesitó años de estudio que culminaron en dos doctorados.

Toda esa preparación, junto con varias décadas de experiencia clínica, lo llevó a conformar a una mujer completa y compleja por donde quiera que se le vea. La protagonista es Andrea, una joven escort quien, al salir un día de su terapia, sufre un accidente. La inmovilidad a la que tiene que someterse en el hospital la hace recordar su pasado y los aprendizajes que ha obtenido en sus años de análisis. Su vida interior es muy intensa. A través del psicoanálisis, ella va descubriendo cómo es, y por qué actúa como lo hace. En su peregrinaje reflexivo, elabora el impacto que sus figuras parentales ejercieron sobre ella, el vacío emocional que le provocaron y el cómo intentó infructuosamente llenarlo a través del placer sexual.

Además, encontró un refugio a su dolor en un amor juvenil que consideró que era el Nirvana en este mundo. Sin embargo, su felicidad no podía ser plena porque no permitió que la conocieran en su profesión de escort y, por lo tanto, no se mostró como era en realidad. La tragedia envolvió a los jóvenes y el amor que Andrea experimentaba se convirtió en un dolor intenso que cargará sobre su persona hasta que pueda comprenderse y perdonarse.

De esta forma, la falta del amor de los padres y la pérdida del amor juvenil matizan su vida y ella, a lo largo de la terapia, tiene que ir desentrañando los hilos para encontrarse a sí misma. Los lectores nos adentramos en sus pensamientos y la acompañamos en los hechos que la forjaron.

Mi mente de puta es una novela psicológica porque hace énfasis en la caracterización interior de su personaje más que en las acciones externas y al hacerlo nos sumerge en el mundo del psicoanálisis en donde lo importante no es nada más lo que ocurre sino también las razones y las consecuencias.

En el psicoanálisis, como en la Literatura, son más importantes las preguntas que nos hacemos que las respuestas. Andrea, una mujer que se cuestiona, nos sirve de espejo. Su vida sus preocupaciones, sus amores y desamores sirven como marco de referencia para que el lector se pueda

identificar con algunos pasajes de la novela y logre ver desde otra perspectiva su propia existencia.

Juan Antonio Díaz logra encarnar a su personaje femenino a tal grado que, así como tal vez lo hizo Flaubert en su tiempo, él podría decir: Andrea soy yo.



Eduardo Caballero

Puerto es naufragio: el mar, su peligroso filo

Ana Franco

Elefanta editorial, México, 2019.

Todo libro de poemas es una celebración y un misterio. La celebración de su misterio es su navegar. Yamil Narchi navega en la apuesta por un lenguaje propio y se niega (ya, para siempre) a dejar

la escritura; si lo hiciera, contrario a toda lógica, naufragaría. De ahí que la garantía del puerto sea el naufragio: negación del silencio que conlleva el riesgo de lo dicho.

Puerto es naufragio es un libro posterior a las aventuras. Es una narrativa que suma paso a paso (página a página) con aparente delicadeza, la observación de las terribles y fascinantes aventuras propias del diario de un marino. Cuando el marino ha vuelto a tierra, él y el poeta observan su recuerdo, y el resto del mundo parece dormir. Ellos observan porque saben. En pocas palabras —en breves poemas— el trazo del mar y sus misterios nos serán revelados: el mar es el poema.

¿Qué o quién?

“Algo” supo que era tiempo, que “se desatarían” las amarras. Los versos han sido arrojados en rara botella que no aspira a un puerto. La piedra (amada) ha sido fértil en los círculos que conforma.

La lengua desatada ilustra la aparente sutileza de esta sabiduría de quien se ha demorado, de quien ha domado el fragmento (el mar como el papel) de su todo, en el doblez infinito de la espera y sus aves.

¿Quién mira la ficción de estos puertos?

La inmensidad se impone a este doble testigo, que aterrado se sumerge en la belleza y ansía la unicidad. Ulises ha vuelto, contempla y sabe de qué habla.

Si bien se trata de un mundo casi vacío, hay otros personajes que cortan el silencio: las gaviotas y el trazo de su vuelo. El libro apuesta por el minimalismo, la monocromía y un único escenario ¿haría falta otro? ¿Otro color que este azul o este gris y el rizo blanco de su espuma como trazo?

Vive además un homérico Dios que se sonroja, ¿existe la timidez de Dios? Y que ha orquestado el espectáculo del mar inmenso, desde la rosada vanidad de sus dedos: color que aparece tenuemente en el dibujo del atardecer. El universo se duplica, el poeta intuye que camina en un espejo, aunque no alcance a verse porque su yo también es otro. Es, además, oráculo de su abreviado paso.

En el libro, de pronto, vuelve el miedo: el puerto es un juguete vacío. La perspectiva se aleja (casi fría). Los personajes le son ajenos (turistas y marineros que se retuercen), pero los poemas son también piedras para cruzar un río, son mínima barca espiritual. Desapasionado —que no decepcionado del viaje— en la añoranza, trozos del espejo chocan contra su pecho, ¿trozos de sí?

A la distancia (lejos) “Algo” sigue hablando, ¿qué más le dicta? “Quien sale de su casa ya ha vuelto”, dice Borges. Y el augurio para el escritor que se resistía, se ha cumplido.

El corazón, el mecanismo del libro está en el centro [en los poemas de las páginas 42 y 43] cuando puerto sobre puerto se justifican en el muelle que es su límite, la comprensión del límite, el límite como la necesaria humildad de quien permanece atónito en la belleza, que, sabemos, es insostenible. Si el puerto es el naufragio es también la contención necesaria para que exista.

Frente a la búsqueda de la totalidad y la belleza, el peligro de lo ilimitado es lo monstruoso,

lo incontrolable, y el mar alberga a los ahogados. Entonces aparecen la noche: la fecundidad abusiva de Poseidón, la luna que le abrirá el camino. Este mundo nocturno hace girar la lógica del día, la lengua duerme y con ella, en el cobijo de la duplicación, (el espejo intuido) estalla y hiere. Se ha liberado a la pesadilla en los corceles y en sus muertos (medio zombis).

“Está hecho el mar”, concluye Yamil Narchi (o su viajero) en *Puerto es naufragio*, para decir ‘Este es el mar’: su peligroso filo, su eternidad; este es el libro de poemas, su misterio, su rumor, su espuma.



Eduardo Caballero

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

No es Cadaqués, Cecilia Durán Mena

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,

Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.

Eloisa Valeria Martínez Carrillo, Iris Adame, Ángel Adrián
Garay Rivera, Daniela del Carmen Garce, Brand Hurrle

Cuarto de Guerra

Daniela Sánchez, Andrea D. Solano, Gabriel Villarreal,
Carolina S. Molina, Carmen Mondragón, Pablo Focerrada.

Digital

www.porescrito.org

Ventas y suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veintidós. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2019.**



**Estamos empeñados
en atrapar lectores...**

para NUNCA dejarlos ir



www.porescrito.org

Ultimátum

*“Y no obstante ese miedo,
Ese miedo mortal a la muerte,
Lo hemos sentido todos,
Una vez y otra vez,
Atrayente como el vacío,
Como el peligro,
Como el roce que va derecho al espasmo,
Al espasmo que es la sola muerte
Que la bestia y el hombre conocen y persiguen”*

Xavier Villaurrutia

Fragmento de “Paradoja del miedo”,
en Nostalgia de la muerte.



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir